

MEDIEVAL WOMEN'S VISIONARY LITERATURE

(Edited by Elizabeth Alvilda Petroff)

Oxford University Press

Oxford & N. York, 1986, 402 págs.

En su antología de textos místicos y devocionales escritos por mujeres medievales —y ocasionalmente por su biógrafo— Elizabeth Petroff nos abre una amplia perspectiva sobre la realidad de las mujeres y su papel en la vida social y religiosa, sobre la importancia que al escribir sus experiencias tuvo para tantas mujeres que fueron monjas, damas casadas, beguinas o herejes durante la Edad Media europea.

Elizabeth Petroff propone una selección cronológica de textos escritos particularmente en el N. de Europa y en Italia. Y que van desde el siglo XIII al siglo XV. Estos textos están en cada caso precedidos por un excelente estudio introductorio y por un capítulo especial dedicado a la obra de dos mujeres de la primera época del cristianismo, Santa Perpetua (m. 203 d.C.) y Santa Macrina (m. 379 d.C.); ellas están entre las primeras mujeres identificadas como escritoras en el mundo cristiano.

A partir del siglo XIII vemos que muchas mujeres —reinas, damas nobles, abadesas— se dedicaron a promover y dirigir la instrucción de niños y jóvenes en las escuelas monásticas dependientes de sus conventos. Es interesante constatar que durante los siglos de la alta Edad Media, la así llamada "Edad Oscura", el papel protagónico de las mujeres en la vida política y eclesiástica fue muy importante y fue explícitamente reconocido. Así lo atestigua, entre otros textos, la biografía de Santa Leoba, la monja inglesa del siglo XVIII que colaboró con San Bonifacio en la evangelización de Alemania; llegó a ser abadesa de Tauberbischofsheim y era conocida su sabiduría y su autoridad; Carlomagno y su reina Hiltigard la invitaban frecuentemente cuando la corte se hallaba en Aachen.

De acuerdo a Elizabeth Petroff, el protagonismo de las mujeres, esencialmente en la vida eclesiástica, se debilita a partir del siglo XII. Se puede suponer que esto tiene relación con el progresivo reforzamiento de la enseñanza que se impartía en las escuelas catedralicias, y con la importancia que fueron adquiriendo las ciudades como centros de atracción; estas escuelas dependientes de una catedral estaban por definición a cargo de los clérigos ligados a la administración diocesana y así, progresivamente, se fue estableciendo la institución universitaria como un campo de acción básicamente masculino, relacionado con la ciudad y no con las antiguas órdenes y conventos femeninos, habitualmente rurales o semiurbanos.

En medio de las dificultades de esa época de transición nos encontramos con textos tan importantes como los de Hildegarda de Bingen, la monja benedictina que vivió entre 1098 y 1179; entre sus numerosas obras, que completan un volumen de la *Patrología latina* de Migne, se encuentran cartas, canciones, visiones, profecías, una obra dramática, e incluso, un manual de medicina. Su autoridad fue ampliamente reconocida desde el Papa y San Bernardo de Clairvaux hasta los campesinos de Bingen, y a pesar de que tenía dificultades para escribir, componía oralmente y dictaba a sus amancienses. Su vida religiosa comenzó cuando tenía siete años, y tuvo conocimiento de las ciencias naturales, de la literatura latina clásica, de la filosofía neoplatónica y, por cierto, de las Escrituras; inició su principal obra, visionaria y autobiográfica, el *Scivias* (conoce los caminos 'del Señor') a los 42 años, y en su introducción relata de su vocación a la escritura.

“Cuando estaba temblando en mi temerosa anticipación de una visión celeste, vi una gran luz a través de la cual escuché una voz del cielo que me decía: “oh tú, frágil hija de la tierra, ceniza de las cenizas, expresa y escribe lo que ves y escuches. Tú eres tímida, tímida en el habla, simple en la explicación, no instruida para escribir, pero expresa y escribe, no de acuerdo con el arte sino con tu habilidad natural, no bajo la guía de la composición humana sino bajo la guía de lo que ves y escuchas en el cielo divino”.

Hacia finales del siglo XII y ya en plenitud a partir del siglo XIII, se hace presente en toda Europa un importante fenómeno social y religioso: muchas mujeres iniciaron una búsqueda personal intentando llevar una vida espiritual y religiosa más perfecta de la que las condiciones habituales del matrimonio y del trabajo les permitían. Las antiguas órdenes religiosas no alcanzaban a aceptar a todas las mujeres que postulaban a ellas, y por otra parte no respondían, en muchos casos, a las nuevas necesidades espirituales de esas mismas mujeres.

Para Elizabeth Petroff parece claro que existió un verdadero movimiento de mujeres, y que ese movimiento planteó dificultades y dilemas a la iglesia institucional. Así, por ejemplo, no tener cabida en las órdenes existentes, al querer crear un nuevo modelo de vida religiosa, se dio el caso de numerosas mujeres que gravitaron hacia los grupos y comunidades hereficas que surgieron más o menos simultáneamente en toda Europa, y en muchos casos, sus enseñanzas y su espiritualidad tuvieron gran influencia en sus respectivas comunidades.

Mas, en general, muchas mujeres desearon llevar una vida de auténtica pobreza evangélica, de trabajo manual, con oportunidades de recibir instrucción y de discutir asuntos espirituales. Tendieron, pues, a agruparse en comunidades que asumían votos temporales y que no exigían la vida de clausura. Éste es en términos muy generales lo que podríamos llamar el “programa de vida” de las Beguinas del Norte de Europa, de la Umiliati italiano y de los primeros seguidores de San Francisco y de Santo Domingo en Italia.

El término “beguina” (bigardo para los hombres) se originó probablemente como sobrenombre peyorativo de una “mujer hereje”, quizás en relación con la secta de los Albigenses o con el color de las ropas que solían usar. Este movimiento —mayoritariamente femenino— nunca llegó a “codificarse” ni se identificó con líderes individuales y perduró en el norte de Europa (particularmente en la zona de Lieja) hasta la Revolución Francesa.

En este ámbito de la espiritualidad beguina, Elizabeth Petroff presenta la autobiografía de Hadewijch de Brabante, quien vivió en la primera mitad del siglo XIII. Existe muy poca documentación sobre su vida; sabemos que llevó una vida de beguina en Amberes y que sus escritos fueron más conocidos y difundidos en el siglo XIV que durante su propia vida. Por esos escritos se puede colegir que tuvo bastante instrucción en latín, en las reglas de la retórica, en numerología, astronomía y música. Su vocabulario es por lo demás muy calcado al de la poesía cortesana y la literatura caballeresca y escribió cartas, visiones y numerosos poemas.

Así dice en su séptima visión, sobre la Unión Eucarística:

“Un cierto domingo de Pentecostés tuve una visión al alba... mi corazón y mis venas y todo mis miembros temblaron y se estremecieron y, como a

menudo me sucedía, me asaltaron el miedo y la locura de no complacer a mi Amado y de que mi Amado no cumpliera mi deseo, y de morir enloquecido y de enloquecer muriendo”.

En el mismo siglo XIII tenemos también un centro importante de espiritualidad femenina en el convento benedictino de Helfta, en Alemania. Ante la presión eclesiástica por regularizar la actividad de las beguinas, varias órdenes religiosas tomaron ciertas responsabilidades por sus comunidades, protegiendo y acogiendo ocasionalmente a sus miembros. Entre estas órdenes, las benedictinas de Helfta tuvieron una importancia excepcional. El monasterio fue gobernado por abadesas de gran prestigio y en él las novicias eran instruidas en las artes liberales —el trivium y el quadrivium— y realizaban estudios teológicos, con una consideración especial de las obras de San Bernardo. Pero, además, las nuevas tendencias devocionales, muy cercanas a la espiritualidad beguina, estaban también presentes en la enseñanza del monasterio.

Entre los textos de las religiosas que allí vivieron o fueron abadesas, encontramos de particular interés “La Luz que emana de la Divinidad”, de la beguina Mechtilde de Magdeburg (1207-1288), quien se refugió en Helfta en los años de su vejez, y completó allí esta obra autobiográfica que había escrito a lo largo de varias décadas.

Llamaba la atención el carácter dialogante y fluido de las voces que hablan en sus escritos. En su introducción, la voz de la autora y la voz de Dios se alternan sin transición marcada.

“Este libro debe ser gozosamente recibido porque el mismo Dios habla en él.

Ahora envío este libro como un mensajero, a todos los hombres espirituales, buenos y malos (...). Este libro me proclama a mí solo y muestra mi santidad con alabanzas”.

También en el sur de Europa encontramos en este mismo tiempo una gran actividad religiosa, y muchos signos de una renovación espiritual de los laicos que fue acogida más bien con temor por la jerarquía eclesiástica.

Relacionado con estos movimientos de pobreza evangélica y de comunidad de vida, de oración y de trabajo están, por cierto, los franciscanos y los ya mencionados umiliati de lombardía, organizados luego por el papa Inocencio III en distintos tipos de órdenes.

Entre las numerosas mujeres que participaron en esta renovación espiritual en Italia tenemos a Santa Clara de Asís, Santa Umelta de Faenza y a la beata Angela de Foligno.

Angela de Foligno (1248-1309) fue una mujer casada que se relacionó tempranamente con la espiritualidad en 1285 y entre 1290 y 1296 dictó sus experiencias y visiones al sacerdote franciscano Fra. Arnaldo, su tío y confesor. Su autobiografía, titulada en latín *Liber de Vere Fidelium Experientia* fue muy leída y circuló ampliamente durante su vida, en numerosas copias.

Angela identifica claramente su camino de perfección con la renuncia a los bienes materiales y a los lazos afectivos. Sorprendentemente, dice haberse alegrado de la muerte de su madre, de su marido y de sus hijos, ocurrida dentro de un plazo breve de tiempo, puesto que ella había rogado a Dios le permitiera dedicarse exclusivamente a él.

Pero, además, Angela es representativa entre las místicas medievales por la importancia y el alcance de sus visiones de la Pasión de Cristo, un tema recurrente en la literatura devocional y visionaria.

El sufrimiento físico y la identificación total con el Cristo en la cruz victimizado, es una de las experiencias importantes y significativas de la espiritualidad femenina; el paso siguiente, para Angela de Foligno, es el reconocimiento del sentido del sufrimiento de Cristo —su amor por las creaturas y su salvación.

De las visiones de la Pasión se desarrolló también entre algunos místicos un tema particularmente complejo, el de la maternidad de Cristo. Para Elizabeth Petroff se pueden resumir así los estereotipos de la maternidad en los escritores medievales: la mujer es generadora (el feto se crea de su propia materia) y sacrificial en su generación, por los dolores del parto, la mujer es amante y tierna, y no puede dejar de amar a su propio hijo; la mujer es nutriente y alimenta a su hijo con su propio fluido corporal.

En la segunda mitad del siglo XIV encontramos a Julian de Norwich al principal exponente del pensamiento sobre la maternidad de Cristo, presente ya en los Padres griegos y en escritores monásticos del siglo XII, como San Anselmo.

Julian (1343-1413) vivió recluida cerca de la iglesia de St. Julian de Norwich y tuvo sus primeras visiones en 1375, a los treinta años de edad. Su libro de revelaciones —*The Showings*— existe en dos redacciones, una breve y otra más extensa, con comentarios sobre sus visiones y experiencias místicas. A través de esos comentarios, Julian revela sus preocupaciones religiosas y, sobre todo, nos muestra su proceso de comprensión de las visiones que experimentó. “Lee” cada una de ellas como un drama alegórico en que cada detalle, gesto y color es significativo.

El tema de la maternidad de Cristo cabe su mayor desarrollo en *The Showings* y para Julian, ésta es una de las relaciones afectivas que son propias de Dios. Cristo “engendra” a las almas que se salvan, las encierra en sí como una madre, por otra parte, las almas son permanentemente generadas por Dios y “alimentadas” por el mismo Cristo con su sangre salvadora:

“Nuestro Salvador es nuestra verdadera Madre del cual nacemos permanentemente y de cuyo interior nunca saldremos”.

En definitiva, el libro de Elizabeth Petroff representa un aporte documentado y consistente al conocimiento de las mujeres medievales, y de sus experiencias religiosas a través de sus propios escritos. Resultan de particular interés temas tales como la importancia de la escritura como método de conocimiento, la valoración del celibato como fuente de autoridad para las mujeres y la relación amorosa con Cristo y la asunción del sufrimiento y aún de la violencia como experiencia inseparable del amor.

Si bien esta antología excluye por cierto los escritos de tema “profano” y la poesía secular escrita por mujeres, estos testimonios autobiográficos, cartas y narraciones visionarios resultan una expresión particularmente directa y reveladora de la realidad y las preocupaciones de las mujeres a lo largo de siete siglos de historia.

Andrés Morales

VERBO

Santiago de Chile, Red Internacional del Libro, 1991

Nueve años atrás, en estas mismas páginas, comentando el primer libro de Andrés Morales, afirmé que era “una esperanza de futuros logros para la poesía chilena”. Esperanza que el joven autor está cumpliendo ampliamente, más allá de cualquier expectativa.

Verbo es su sexto libro de poemas. No es un libro que reúne simplemente sus últimos textos poéticos, sino un trabajo de largo aliento: una trilogía. Tres libros que reunidos constituyen una unidad cuyo título: *Verbo*, marca un estadio de madura reflexión metapoética, una interesante vuelta sobre el propio quehacer.

Ya el título del libro apunta a la palabra que en cuanto palabra enunciada instaaura en el ser.

La primera parte de esta trilogía había sido entregada bajo el título: *Ejercicio del decir* (Documentas, Santiago, 1989). Texto compuesto por una introducción (“Entrada en el regreso”) y diecisiete poemas divididos en tres partes.

La segunda parte del libro se denomina “Thalassa” y recoge 32 poemas; y la tercera, “La edad de los objetos”, 34 poemas.

Dos matrices de sentido dan unidad al libro total. La primera, el amor que es cantado desde el recuerdo y la ira del bien irremisiblemente perdido; y, la reflexión acerca del oficio escritural concebido como una posibilidad de conservar en la memoria aquello que al hombre se escapa, escritura que tiene el poder de exorcizar lo transitorio de la vida humana y de las cosas del mundo en general.

En esta reflexión, mi deseo es rescatar algunos de los rasgos de la poética inscrita en el libro *Verbo*.

Ya el título de la primera sección del libro: “Ejercicio del decir” apunta a la palabra poética como un algo a lo que se tiende y en la cual no hay un instalarse definitivo. Una palabra fruto del trabajo reiterado y cuyo resultado es “esa mesa del poeta reencontrando sus papeles ya vacíos”, esa palabra que regresa al instante en que verdaderamente nada ha comenzado aún. Acto de escritura ejercido en diversos lugares del mundo pero, siempre, volcado en “páginas que dicen y desdicen”.

A continuación se invoca al lector a “abrir la tierra seca” y a hundirse en “este mar de sal extraña”. Un decir amenazado por el límite, fracturado en su propia identidad: “balbuciendo”.

La poesía como ritmo y lenguaje recibidos, tiene en el mar: “Thalassa”, su origen. El hablante básico cede la voz y se hace personaje en Ismael, el marinero. Personaje de existencia literaria previa en *Moby Dick*, quien al igual que Orfeo, Jonás o Job rompe sus palabras contra sí mismo en búsqueda del silencio que pudiera exorcizar el decir. La costumbre y la ciudad se constituyen en verdadero purgatorio, lugar de purificación que posibilita la vuelta a la palabra primordial que da identidad a lo nombrado.

En “La edad de los objetos”, el tema del amor se hace tenue hasta desaparecer y es sustituido por el despliegue de numerosas objetividades que van sustentando el discurso. Los objetos deben ser rotulados y se suceden en la apariencia de un inventario que recorre diferentes situaciones y experiencias y que trae como consecuencia un nuevo modo de decir y un decir de nuevas realidades. La fragmentación de los objetos penetra en la escritura poética y la instala en el ámbito del vacío y el

olvido. Proceso que culmina en una cesión de voz a la muerte (“Elisa, objeto del deseo”), la cual, muerta y enterrada resurge triunfante en el horizonte humano: “resurrecta”.

En la reescritura del mito de Narciso, el hablante descubre su ser como entidad real y ello posibilita el despliegue de su historia personal y de su historia como constructor de versos. (“El poeta sueña mirando los objetos”.)

El libro se cierra con “Danza macabra” que es una reflexión acerca de la creatura humana enfrentada a la muerte a causa de un terrible Dios poderoso e inclemente.

Una búsqueda de unidad, un deseo de estructura que se materializa en la organización casi matemática de los poemas, una voz poderosa pese al excesivo enciframiento del mensaje y un trabajo notable sobre los textos hace de este libro un eslabón importante en el desarrollo de la poesía chilena actual.

Ana María Cuneo
Depto. de Literatura
Universidad de Chile